

Las ventajas de cambiar de planes

Fernando Valverde

El título del último libro de poemas de Daniel Rodríguez Moya (Granada, 1976) no resulta ni mucho menos casual. Hace cuatro años, un viaje cambió la vida planificada de su autor, que ya por aquel entonces ejercía la profesión de periodista en la sección de cultura de un diario de Granada.

Difícilmente pudo haber intuido Daniel a su llegada al aeropuerto Augusto C. Sandino de Managua, en el que puso por vez primera los pies en suelo nicaragüense después de una tortuosa escala en Miami, que aquel lugar iba a truncar sus propósitos en todos los sentidos.

«Managua sin canciones, / sin himnos que ya son / vencidas partituras de la historia». Hasta su llegada al país, Rodríguez Moya había oído hablar sobre Nicaragua de manera ocasional en los telediarios, si bien sí identificaba con claridad el sueño que supuso la revolución sandinista, que terminó con la llegada de Daniel Ortega a la presidencia de la República hasta que una mujer, Violeta Chamorro, le arrebató en las urnas el cargo.

Aquel sueño extinguido y corrompido con los años ocupa un lugar protagonista en *Cambio de planes*, el libro ganador del VI premio Vicente Núñez. «Qué suerte la tuya de estar muerto Carlos Fonseca / que suerte que la tierra te proteja y te ciegue», escribe Gioconda Belli sobre el verdadero líder del sandinismo en la cita con la que arranca un poema de Rodríguez Moya dedicado a la Plaza de la Revolución en Managua, a lo que el poeta contesta: «No fue más que un destello, / una noche de fuego, tantos años de humo».

Daniel Rodríguez Moya: *Cambio de Planes*, Editorial Visor, Madrid, 2008.

En otro de los poemas que podríamos denominar como «nicaragüenses», titulado *De la oficina de los pregos, dos cuadras y media al norte*, la poesía de Rodríguez Moya se permite alguna que otra licencia como reivindicación de la lengua y la cultura de América. «Ya no hay sueño posible», concluye el poema tras relatar el ajetreo de una casa de Nicaragua cuando suena la radio, *el radio* en «nicaragüense», a las seis en punto de la mañana. La madrugada se transforma en una albada de rutina, en la que el mismo sueño es objeto de amor, ante una vida en la que no cabe el descanso cuando el día y su insolencia despiertan.

Pero uno de los aspectos más singulares de *Cambio de planes* es la sensación de que de alguna forma confluyen en sus poemas dos libros. El primero de ellos, que estaría muy influenciado por autores como Ángel González, Luis García Montero o Jaime Gil de Biedma, entre otros, se vio truncado con la llegada inesperada del segundo, fruto de la experiencia personal que ya hemos narrado.

En este sentido, la mayor parte de los poemas pueden situarse a un lado y a otro de la línea que marcó el viaje de su autor. La primera parte, que Rodríguez Moya ha titulado *Falsa albada*, arranca con el poema *Juguetes rotos*, que probablemente sea el más antiguo de los que componen el libro, remontándose algunos años atrás. «En esos muros blancos de la que fue mi infancia / se amontonan las ruinas de la felicidad», comienza el poema, lamentando el paso del tiempo y la pérdida de la niñez.

En estos primeros textos, la ruptura con el niño que fue se afianza como tema principal (Reglas del juego, Los domingos tristes, El oro de los días, Atardece en Ullapool...), al igual que la pérdida en sus diferentes formas, pero siempre tocada por la mano del tiempo.

En la segunda parte del libro, titulada *Un hombre puede ser un faro ciego*, el poeta traza una tierra de nadie por la que circulan una serie de poemas de carácter más reflexivo, que ofrecen una perspectiva del mundo más calmada, más fría, como si se hubiera producido un descanso en el viaje, como si el viajero hubiera tenido la oportunidad de acomodarse en algún lugar, de coger una copa y observar el paisaje sin la prisa del que conoce la fecha de regreso.

Por último, la tercera parte, que da título al libro, se sumerge por completo en su aventura nicaragüense. «No sirven los pronósticos pactados / si al abrir la maleta / encuentras mucho menos equipaje, / un hueco inesperado». Pero Daniel no tardó en llenar la maleta con todo tipo de cosas que ahora circulan por los versos como si fueran símbolos. Y aunque pudieran parecer los poemas más apasionados, también los menos reposados, es en esta parte en la que el libro se unifica gracias a la consecución de un equilibrio que le proporciona una voz muy característica, muy personal.

Cambio de planes desarrolla por tanto un viaje. Un viaje por la biografía y la evolución de la poesía de Rodríguez Moya, convertido ya en uno de los jóvenes poetas más interesantes del país. «Hay un árbol que crece sin temor a la altura. / Abracémoslo. / No impide la maleza acariciar el cielo», concluye el libro, en una afirmación que esconde las suficientes preguntas como para empezar a pensar en nuevos poemas ©